

En el centenario del nacimiento de Simone Weil —Sociedad, desdicha y fe— 3.º y última parte

Miguela Domingo Centeno

Centro Superior de Estudios Universitarios La Salle (UAM) Madrid

mdomingo@lasallecampus.es

Antonio Casado Delgado

Universidad de Cádiz.

antonio@conil.e.telefonica.net

Resumen

Este artículo es la última parte de «Simone Weil —Sociedad, desdicha y fe—» se centra en el aspecto de la moral, la ética y la religión. Al final de su vida Simone se tomó muy en serio —alguno puede pensar que de manera equivocada— la religión y ética católica. Los Diez Mandamientos, la Misa, la relación con los Otros, ... Weil comenzó a centrar su atención en la Iglesia pero también encontró atractivos muchos elementos de otras religiones; como resultado de esto algunos estudiosos suyos la han juzgado como herética. En este artículo se hace referencia a su original método para estudiar la

sociedad y la religión. Simone Weil escribe sobre la belleza del mundo y la necesidad de amarla como creación de Dios, incluso cuando trae dolor y muerte. No hay nada de herético en su creencia en la humanidad y divinidad de Cristo y su presencia en la eucaristía. Aunque ella deseó los sacramentos nunca se bautizó, sintiendo que esa era su vocación, permanecer cristiana fuera de la Iglesia.

Palabras Clave

Religión, Dios, Iglesia, Cristo, Misa, Humanidad, Divinidad, Sacramentos, Creación, Belleza, Atención, Contemplación, Verdad

In the centenary of Simone Weil's birth —society, unhappiness and faith— 3th and last part

Abstract

This paper is the last part of Simone Weil —Society, unhappiness and faith— This

article focuses on the aspect of the religion. At the end of her life Simone took seriously —someone can think in wrong way— the catholic religion. The Ten Commandments, the Mass ... Weil

Indivisa, Bol. Estud. Invest., 2011, n.º 12, pp. 109-122

ISSN: 1579-3141

began to focus her attention on the Church and also found many elements of the other religions attractive; as a result of this, some commentators have judged her to be a heretic. In this article deals with Weill's original method for study the religion. Simone Weil writes about the beauty of the world and the necessity of loving it as God's creation, even when it brings pain and death. There is nothing heretic in her belief in the humanity and divinity of Christ and his presence in the Eucharist. Though she desired the sacraments she never baptized, feeling that it was her vocation remain a Christian outside the Church.

Key words

Religion, God, Church, Christ, Mass, Humanity, Divinity, Sacraments, Creation, Beauty, Attention, Contemplation, Truth.

En la reflexión que Simone hace de las ceremonias religiosas aparece perfectamente articulado, tanto en la teoría como en la praxis, el aspecto mítico y lógico de la mediación, consiguiendo así una visión completa del culto cristiano como mediación que pueda articular en sí los aspectos mediatos e inmediatos que conlleva. Así lo explica Simone Weil: «Las cosas religiosas son cosas sensibles particulares, que existen en este mundo, y que son sin embargo perfectamente puras. No por su forma de ser propia, pues la iglesia puede ser fea, los cantos sonar a falso, el sacerdote estar corrompido y los fieles distraídos, pero, en cierto sentido, eso no tiene ninguna importancia. Las cosas religiosas son puras por derecho, teóricamente, por hipótesis, por definición, por convención. Así pues su pureza es incondicionada. Ninguna mancha puede alcanzarla. Por eso es perfecta. Pero no perfecta a la manera

de la yegua de Roland, que con todas las cualidades posibles tenía el inconveniente de no existir. Las convenciones humanas carecen de eficacia a menos que se les añadan móviles que impulsen a los hombres a observarlas. En sí mismas, son simples abstracciones; son irreales y no operan nada. Pero la convención según la cual las cosas religiosas son puras está ratificada por el propio Dios. Por eso es una convención eficaz, una convención que encierra una virtud, que es operativa por sí misma. Esta pureza es incondicionada y perfecta y al mismo tiempo real»¹.

En las prácticas religiosas podemos encontrar, por tanto, esos dos polos. Dios y su eficacia salvadora². Inmediación y Mediación, tanto objetiva como subjetiva³.

La unión de ambos aspectos nos permite por medio de ellas el contacto con lo que es perfectamente puro para la destrucción del mal⁴.

¹ *Ibid.*, p. 114.

² «Toda práctica religiosa, todo rito, toda liturgia, es una forma de recitación del nombre del Señor y debe en principio, tener una virtud: la virtud de salvar a cualquiera que se entregue a ella con ese deseo». *Ibid.*, p. 112.

³ «En cualquier terreno el amor sólo es real si está dirigido a un objeto particular; se hace universal sin dejar de ser real sólo por efecto de la analogía y de la transferencia. Dicho sea de paso, el conocimiento de la analogía y de la transferencia, conocimiento para el que las matemáticas, las diversas ciencias y la filosofía son una preparación, tienen así una relación directa con el amor». *Ibid.*, p. 113.

⁴ «Nada en este mundo es perfectamente puro salvo la belleza total del universo, que no podemos experimentar directamente hasta haber avanzado considerablemente en el camino de la perfección. Por otra parte, esa belleza total no está encerrada en nada sensible, aunque sea sensible en cierto sentido. Las cosas religiosas son cosas sensibles particulares, que existen en este mundo, y que son sin embargo perfectamente puras». *Ibid.*, p. 114.

Donde mejor se manifiesta esta unión de Mediación e Inmediación es en la Eucaristía. He aquí esta original reflexión que Simone Weil hace sobre la eucaristía: «Lo absurdo del dogma de la presencia real constituye su virtud. Exceptuando el simbolismo tan conmovedor del alimento, nada hay en un trozo de pan a lo que el pensamiento orientado hacia Dios pueda fijarse. Así pues, el carácter convencional de la presencia divina es evidente. Cristo no puede estar presente en un objeto así sino por convención. Y por eso mismo puede estar perfectamente presente. Dios sólo puede estar presente aquí abajo en lo secreto. Su presencia en la eucaristía es verdaderamente secreta, puesto que ninguna parte de nuestro pensamiento es admitida en lo secreto. Por eso es total. Nadie se sorprende lo más mínimo ante el hecho de que razonamientos llevados a cabo sobre rectas perfectas y círculos perfectos que no existen tengan aplicaciones efectivas en la técnica. Sin embargo es algo incomprendible. La realidad de la presencia divina en la eucaristía es más maravillosa pero no más incomprendible. Podría decirse en un sentido—por analogía, que Cristo está presente en la hostia consagrada por hipótesis, de la misma forma que un geómetra dice que un determinado triángulo tiene dos ángulos iguales por hipótesis. Es por tratarse de una convención por lo que lo único importante es la forma de la consagración, no el estado espiritual del que consagra». ⁵ En la Eucaristía aparecen claramente reflejados los elementos que debe de tener una auténtica mediación para Simone Weil. Estas son sus palabras: «En el centro de la religión católica se encuentra un trozo de materia sin forma, un pedazo de pan. El amor dirigido hacia ese trozo de

materia es forzosamente impersonal. No es la persona humana de Cristo tal como nos la imaginamos, ni la persona divina del Padre, sujeta también en nosotros a los errores de la imaginación, sino ese fragmento de la materia lo que está en el centro de la religión católica. Esto es lo que en ella resulta más escandaloso y en lo que reside su más maravillosa virtud. En todas las formas auténticas de vida religiosa hay algo que garantiza su carácter impersonal. El amor a Dios debe ser impersonal, en tanto no ha habido todavía contacto directo y personal; de otro modo, es un amor imaginario. Después deberá ser personal y a la vez impersonal aunque en un sentido más elevado»⁶. Creo original y novedoso esta reflexión de Simone Weil sobre la Eucaristía. Antiguados ya a la mente moderna los conceptos de materia y forma, sustancia y accidente para explicar el valor del rito eucarístico, tantas veces utilizados, me parece que enfocarlo a través de los conceptos de mediación de inmediación puede ayudar a explicar mejor este sacramento en una sociedad cada vez más laica y que quiere que le hablen su propio lenguaje.

Simone nos propone observar atentamente nuestras relaciones, incluso aquello que nosotros con nuestra manera de ver las cosas llamamos justicia y que no pasa de ser una máscara carnavalesca de la injusticia⁷.

Es fácil entender lo que Simone Weil quiere decir si pensamos en lo bien

⁵ *Ibid.*, p. 117.

⁶ *Ibid.*, p. 122.

⁷ «Nuestra idea de la justicia dispensa al que posee de dar. Si de todas formas da, cree entonces tener motivos para sentirse satisfecho de sí por haber llevado a cabo una buena acción. En cuanto al que recibe, según como entienda esa idea de justicia, se verá dispensado de toda gratitud u obligado a manifestar servilmente su agradecimiento». *Ibid.*, p.88.

que nos sentimos a veces con nosotros mismos por el hecho de hacer donativos de caridad. Puede parecernos que estamos regalando algo, pero, de hecho, lo que en cierto modo estamos haciendo es reforzando nuestra separación de los otros con nuestro falso sentimiento de que somos generosos. Simone Weil lo expresa claramente con sus propias palabras: «No es sorprendente que un hombre que tiene pan de un pedazo a un hambriento. Lo que es sorprendente es que sea capaz de hacerlo con un gesto diferente de aquél por el cual se compra un objeto. La limosna cuando no es sobrenatural, es semejante a una operación de compra. Se compra al desdichado».⁸

Construimos nuestras relaciones sobre la injusticia y como necesitamos creernos justos, nuestra inteligencia rodeada de oscuridad por todas partes cree que nuestra causa, la causa del fuerte, es más justa que la del débil.⁹

El resultado es que en las relaciones desiguales entre los hombres hay para el inferior, a partir de un cierto grado de desigualdad, un paso al estado de materia y una pérdida de personalidad.¹⁰

Es muy difícil, si no se está ejercitado en la virtud sobrenatural, que el hombre respete este difícil equilibrio que constituye la justicia. Es difícil tanto

para el que está en una situación superior, como para el que está en una situación inferior. Simone Weil dice: «Si se ocupa el lugar superior en una relación desigual de fuerzas, la virtud sobrenatural de la justicia consiste en conducirse exactamente como si hubiese igualdad; y exactamente en todos los aspectos, incluidos los menores detalles de matices y actitudes, pues un detalle puede bastar para arrojar al inferior al estado de materia que en esta ocasión es naturalmente el suyo, así como el menor choque congela el agua que se ha mantenido en estado líquido por debajo de cero grados. Para el inferior así tratado, la virtud sobrenatural de la justicia consiste en no creer que exista verdadera igualdad de fuerzas, en reconocer que la generosidad del otro es la única causa de ese tratamiento. Es esto lo que se llama gratitud. Para el inferior tratado de otra forma, esa virtud consiste en comprender que el tratamiento que recibe es, por una parte, diferente al que debería recibir en justicia, pero por otra, conforme a la necesidad y el mecanismo de la naturaleza humana. Debe mantenerse en su lugar sin sumisión ni rebeldía».¹¹

Cuando este intercambio de generosidad y gratitud se produce en una relación de igualdad plena, tiene un coste inmenso para la persona que da.¹² Sólo la persona que es capaz de prestar atención es capaz de mirar a la

⁸ *Ibid.*, p. 92.

⁹ Esta lucidez de la inteligencia en la concepción de la injusticia es la luz inmediatamente inferior a la de la caridad. Es la caridad que subsiste durante algún tiempo, allí donde la caridad ha existido y se ha extinguido. Por debajo están las tinieblas donde el fuerte cree sinceramente que su causa es más justa que la del débil. Era el caso de romanos y hebreos». *Ibid.*, p. 89.

¹⁰ «Los antiguos decían: Un hombre pierde la mitad de su alma el día que se convierte en esclavo» *Ibid.*, p. 90.

¹¹ *Ibid.*, p. 90.

¹² «Esa atención es creadora, pero, en el momento en que se activa es renunciamiento. Al menos si la atención es pura. El hombre acepta una merma concentrándose para un gasto de energía que no aumentará su poder, que solamente hará existir a otro distinto de él, independiente de él. Más aún, querer la existencia del otro es proyectarse en él, por simpatía, y participar en consecuencia del estado de materia inerte en que se encuentra». *Ibid.*, p. 92.

persona que ha sido reducida por la desdicha al estado de cosa inerte y devolverle su verdadero estado humano. Esta atención creadora consiste en prestar atención a algo que no existe. Aunque Simone Weil no pretende aquí hacer una reflexión cristológica reflexiona sobre una verdad de la fe que a veces olvidamos y que hace que ciertas reflexiones teológicas parezcan despersonalizadoras cuando debería ser todo lo contrario. Sin una reflexión seria y comprometida sobre los contenidos de la fe, la moral cristiana se convierte a veces en sucedáneo de lo que debe ser. La revelación en Jesucristo es una revelación en forma de siervo, en la humillación, el escándalo y la necesidad de la cruz. Es una revelación oculta y una revelación del ocultamiento de Dios. Puede ser malentendida y pasada por alto, y puede ser ocasión para que unos se escandalicen y otros la contradigan. Y esa posibilidad no deja de estar siempre presente. Sólo la fe está en condiciones de superar ese escándalo y de afrontar el claroscuro de esa revelación. Simone Weil nos hace recordar que estamos en camino. La fe en la revelación de Dios en Jesucristo es todavía el comienzo del cumplimiento, sin que su fruto se deje sentir todavía por todas partes. La enfermedad, el sufrimiento, la muerte están todavía presentes. Por eso la ayuda al prójimo se convierte en sí misma en sacramento y apunta hacia el momento del pleno cumplimiento. De todos modos debemos recordar y de ahí la importancia de la reflexión de Simone Weil que la celebración final solamente la podemos hacer ahora en cuanto sacramento. Sacramentos que mantienen en sí la tensión dialéctica ente mediación e inmediatez como ya apunté antes en referencia al sacramento de la eucaristía.

El criterio de la revelación definitiva de Dios no es una norma, ni una idea, sino el propio Jesús: lo que hayáis hecho —o no hecho— al menor de mis hermanos, me lo habéis hecho a mí mismo (Mt 25,34-44). El prójimo necesitado es el qué y el porqué decisivo del obrar. Palabras estas que contienen la máxima kénosis o vaciamiento en el sentido de solidarizarse con las personas más insignificantes y que representan a la vez una pretensión inaudita y sobrehumana: afirmar que se le hace o no se le hace a Dios lo hecho o no hecho a los hombres.

Hay para Simone Weil un amor personal y humano que es puro y encierra un reflejo del amor divino.¹³ La amistad.

La amistad se diferencia del amor al prójimo en que se dirige hacia una persona que conocemos. La caridad no discrimina entre las personas, sino que se dirige tanto hacia aquellos que conocemos como a quienes no. En la amistad, en cambio, aprendemos a amar a alguien cercano a nosotros. Así entiende Simone Weil la diferencia entre la caridad y la amistad: «La preferencia por un ser humano determinado es necesariamente algo distinto a la caridad. La caridad es indiscriminada. Si se detiene de forma más particular en algo, la única causa de ello es el intercambio de compasión y gratitud suscitado por el azar de la desdicha. Está igualmente abierta a todos los seres humanos puesto que la desdicha puede proponer a todos esa clase de intercambio».¹⁴

La preferencia por un ser humano determinado puede ser de dos clases. O se busca en el otro un cierto bien, o se

¹³ *Ibid.*, p. 124.

¹⁴ *Ibid.*, p. 122.

tiene necesidad de él. En la verdadera amistad aparecen unidos los dos móviles. ¿Cómo es posible? Cuando un ser humano resulta en alguna medida necesario, no se le puede desear su bien a menos de dejar de desear el propio¹⁵.

En la amistad se dan la unión de estos dos contrarios. La amistad es una igualdad hecha de armonía. Los dos amigos aceptan totalmente ser dos y no uno, respetan la distancia que entre ellos establece el hecho de ser dos criaturas distintas.

La amistad es el milagro por el cual un ser humano acepta mirar a distancia y sin aproximarse al ser que le es necesario como alimento.

Por esta virtud sobrenatural de respeto a la autonomía humana, la amistad es muy semejante a las formas puras de la compasión y la gratitud suscitadas por la desdicha. En ambos casos, los contrarios que constituyen los términos de la armonía son la necesidad y la libertad, la subordinación y la igualdad. Estos dos pares de contrarios son equivalentes.

Como el deseo de complacer y el deseo inverso están ausentes en la amistad pura, hay en ella, al igual que en el afecto, algo así como una completa indiferencia. Aunque sea un lazo entre dos personas tiene algo de impersonal; no merma la imparcialidad, no impide en modo alguno imitar la perfección del Padre celestial que distribu-

ye por todas partes la luz del sol y la lluvia. Cuando los lazos de afecto y necesidad entre seres humanos no son sobrenaturalmente transformados en amistad, no sólo el afecto es impuro y bajo, sino que también se mezcla con el odio y la repulsión.

La amistad pura es una imagen de la amistad original y perfecta que es la Trinidad y que es la esencia misma de Dios. Para el dogma católico Dios es una Unidad pero compuesta de tres personas distintas. Tres personas distintas y un solo Dios verdadero. Simone Weil transporta el concepto de la Trinidad en Dios a la relación de amistad entre las personas. Es imposible que dos seres humanos sean uno y sin embargo respeten escrupulosamente la distancia que los separa, si Dios no está presente en cada uno de ellos. Como dirá Simone Weil con una de sus sentencias perentorias: «El punto de encuentro de las paralelas está en el infinito»¹⁶.

Este amor completa el amor al prójimo y tiene en común con éste que requiere un acto de autorrenuncia. Un ejemplo de este amor es la celebración de la belleza.

Simone Weil creía que lo bello es lo necesario que, aun estando en conformidad con su propia ley y solamente con ella obedece al bien. Una cosa hermosa no tiene otro propósito que ser bella. Es única por esta cualidad. La verdadera belleza no se ve afectada por el paso del tiempo.

Así pues, valorar la belleza que hay en la tierra es una de las pocas vías a través de la cual podremos encontrar un vestigio de la naturaleza de la eterni-

¹⁵ «Cuando un ser humano está vinculado a otro por un lazo afectivo que conlleva en algún grado la necesidad, es imposible que desee la conservación de la autonomía a la vez en sí mismo y en el otro. Imposible en virtud de los mecanismos de la naturaleza. Pero posible por la intervención milagrosa de lo sobrenatural. Este milagro es la amistad». *Ibid.*, p.124

¹⁶ *Ibid.*, p. 126.

dad de este mundo. Sin embargo, ni siquiera las mejores obras del arte o la ciencia pueden compararse con la belleza natural del universo creado por Dios. Simone Weil piensa que: «Ni siquiera las realizaciones más elevadas en la búsqueda de la belleza, por ejemplo en el arte o en la ciencia, son realmente hermosas. La única belleza verdadera, la única belleza que es presencia real de Dios, es la belleza del universo. Nada más pequeño que el universo es bello. El universo es bello como lo sería una obra de arte perfecta si pudiera haber una que mereciera ser calificada así. Por eso no contiene nada que pueda ser un fin o un bien; no hay en él finalidad alguna fuera de la propia belleza universal. Ésta es la verdad esencial que debe conocerse en relación al universo que está absolutamente vacío de finalidad. Ninguna relación de finalidad le es aplicable, sino por mentira o error»¹⁷. Aunque pueda parecer aquí que Simone Weil se mueve en una dirección parecida a la de Spinoza, de la que ella era muy buena conocedora, ya que elaboró en sus tiempos de estudiante con Alain abundantes trabajos sobre él, creo que va en dirección opuesta al finalismo spinoziano. Según Spinoza explica en la *Ethica more geometrico demonstrata*, el primer impulso de la cupiditas, que es la consciencia del conatos, es, para él el mantenimiento del propio ser respecto a cualquier posible destrucción. El segundo impulso de cupiditas es el paso a una mayor perfección de ser, en un movimiento, de un menos a un más. Aunque a partir del guardar el presente. Creo que la concepción de Simone Weil difiere de esta concepción. En mi opinión la concepción de Simone Weil va más por la línea de la keonosis, es decir, como refrarse divino

¹⁷ *Ibid.*, p. 108.

que consiente existir a cuanto no es Dios.

Pero todos estos ejercicios y formas de cultivar la atención son inútiles en sí mismos, solamente se pueden ver como una preparación para recibir otro bien máspreciado. Este tesoro no debe ser buscado sino esperado. Para Simone Weil estos métodos son formas de ejercitarnos en la espera desde donde recibiremos los bienes máspreciados. Ella nos dice que: «Los bienes máspreciados no deben ser buscados, sino esperados. Pues el hombre no puede encontrarlos por sus propias fuerzas y, si se pone en su búsqueda, sólo encontrará en su lugar falsos bienes, cuya falsedad no sabrá discernir»¹⁸.

Sólo cuando el hombre renuncia a todo, a toda posesión y dominio, recibe todo; la realidad se manifiesta a quien se abre a ella respetuosamente, ya que según Simone Weil la raíz de la sabiduría está en comprender que nada es debido al hombre, que todo le es dado, y de ahí que la gracia, vínculo de amor entre el ser humano y Dios, sea la fuente de comunicación de todas las certezas.

La capacidad de atención es el constitutivo humano por el que todas las dimensiones de la vida pueden recobrar un sentido, en cuanto es la única fuente del arte perfectamente bello, de los descubrimientos científicos verdaderamente luminosos y nuevos, de la filosofía que va verdaderamente a la sabiduría, del amor al prójimo verdaderamente compasivo; es la que dirigida directamente a Dios constituye la verdadera oración¹⁹. La atención es

¹⁸ *Ibid.*, p. 71.

¹⁹ «Si bien en el arte y la ciencia una producción de segundo orden, brillante o mediocre, es extensión de sí, la producción de primer orden la crea

para Simone Weil de esencia divina. Es la esencia de la oración. El acto de atención tiene su culminación en la contemplación donde conocimiento y amor se unen dirigidos directamente a Dios²⁰.

Supera así Simone Weil todo lo que podría parecer una visión pesimista de la realidad en su pensamiento, por una visión estética del orden del mundo. Pero una visión estética que pone sus ojos en la trascendencia, en la providencia sin olvidar las experiencias-límites. Es más, esta manera contemplativa le ayuda a asumir más plenamente el drama cotidiano en que se debate la condición humana.

De ahí que no pueda entenderse la noción de atención sin correlación esencial con la desdicha, pues la apertura a la realidad es apertura al otro hasta compartir la desnudez de su desgracia y contemplar la Verdad es descubrirla como el bien auténtico ante el que se transforma toda la vida del hombre.

La atención no es una especulación abstracta en el pensamiento de Simone Weil, sino la estructura de una realidad concreta en la que el amor completa al pensamiento para una hermenéuti-

ción es renuncia de sí. No se percibe esta verdad porque la gloria confunde y recubre indistintamente con su esplendor las producciones de primer orden y las más brillantes de segundo orden, dando incluso frecuentemente prioridad a estas últimas. La caridad para con el prójimo, al estar constituida por la atención creadora, es análoga al genio. La fe, dice san Pablo, es la visión de cosas invisibles. En ese momento de atención, la fe está tan presente como el amor». *Ibid.*, p. 93.

²⁰ «No puede haber contemplación sin que haya algo de amor. La contemplación de esa imagen del orden del mundo constituye un cierto contacto con la belleza del mundo. La belleza del mundo es el orden del mundo cuando se le ama». *Ibid.*, p. 105.

ca de todos los símbolos inscritos en la creación. En la atención tal y como Simone Weil la entiende desaparece el centro de atención, el punto central en torno al cual se distribuyen la perspectiva, el punto de vista propio para dejar paso a una nueva mirada que surge del amor.

En nuestra relación con los otros somos unas perfectas máquinas que todo lo organizan, lo etiquetan, lo juzgan. Cada décima de segundo elaboramos una cantidad inmensa de datos que nos sirven para andar por el mundo. Somos como inmensos ordenadores. Estos datos de nada nos sirven cuando nos encontramos de frente con la desdicha que aparece iluminada en los ojos de la persona que ha sufrido uno de esos brutales golpes que la vida nos da. Es entonces cuando nuestra perfecta maquinaria se escacharra pues en la relación con el desdichado únicamente una mirada atenta donde el otro pueda ver el amor y no el desprecio puede restablecer la comunicación.

Es sólo el amor —el amor convertido en la inmovilidad y la perfección de la atención— el que en la mirada del otro abre una vía a lo cerrado de la desgracia. El desgraciado, en esta mirada del amor y de la atención se deja mirar.²¹ Gracias a la atención para Simone Weil el mal se hace visible, perceptible en tanto que mal, ya que el mal sólo se hace visible como mal por el contacto con el bien absoluto del que yo no

²¹ «Sólo Dios tiene el poder de pensar realmente lo que no es. Sólo Dios presente en nosotros puede pensar realmente la condición humana en los desdichados, mirarlos verdaderamente con una mirada distinta de la que se dirige a los objetos, escuchar verdaderamente su voz como se escucha una palabra. Ellos perciben entonces que tienen una voz; de otro modo, no tendrían ocasión de darse cuenta». *Ibid.*, p. 94.

soy capaz y que se sitúa fuera de mi tiempo.

El bien es para quien sabe contemplarlo atentamente, contemplativamente, sino no se puede ver, porque el bien se revela justamente como lo que no es producido por mí mismo, como lo que se manifiesta realmente como bien más allá de mi poder. Sólo la atención nos abre la puerta al mundo del Bien real auténtico.

Ya hemos visto como para Simone Weil el mal es el lugar de la repetición, del aburrimiento, del engaño. Y el bien imaginario es soso. El ser humano debe aspirar según Simone Weil al bien verdadero, que es siempre sorprendente, maravilloso, alucinante y sólo puede verlo si es capaz de mirar con una mirada atenta, orientada al Bien. El punto de partida es siempre el mismo: Nada de aquí abajo es verdaderamente un objeto para el deseo que yo tengo en mí²².

Simone Weil se refiere a la atención como un esfuerzo negativo. Este esfuerzo, que no comporta ningún cansancio, consiste en suspender el pensamiento, dejarlo disponible, vacío y penetrable al objeto. Así la define S. Weil: «Esa atención es creadora, pero, en el momento en que se activa, es renunciamiento. Al menos si la atención es pura el hombre acepta una merma concentrándose para un gasto de energía que no aumentará su poder, que solamente hará existir otro distinto a él, independiente de él»²³. Hay escrito de Simone Weil que me parece revelador y clarísimo a este respecto. Tiene por título: *Reflexiones desordenadas acerca del amor a Dios*.

De él tomo algunos párrafos a los que no es necesario hacer ningún comentario: «Para eso hay que tener la mirada constantemente dirigida hacia Dios, sin desviarla ni un instante. De otro modo, ¿cómo conoceríamos la dirección justa cuando una pantalla opaca se interpone entre la luz y nosotros? Hay que estar completamente inmóvil. Permanecer inmóvil no quiere decir abstenerse de la acción. Se trata de una inmovilidad espiritual, no material. Pero no hay que actuar, ni tampoco abstenerse de actuar, por voluntad propia. No debe hacerse ningún esfuerzo de voluntad en el ámbito de la acción si no es para cumplir las obligaciones estrictas. Los actos que proceden de la inclinación no implican evidentemente esfuerzo. En cuanto a los actos de obediencia a Dios, en ellos se permanece pasivo; cualesquiera que sean las dificultades que los acompañan, no exigen esfuerzo propiamente hablando; no hay esfuerzo activo, sino más bien paciencia, capacidad de soportar y de sufrir»²⁴ En otra página dice: «Hay un esfuerzo que hacer, que es con mucho el más duro de todos, pero que no pertenece al terreno de la acción. Consiste en mantener la mirada orientada hacia Dios, volverla a dirigir a él cuando se aparta, aplicarla en cada instante con toda la intensidad de que se es capaz. Esto es algo muy difícil, pues toda la parte mediocre de nosotros mismos, que es casi todo lo que somos, que es lo que llamamos nuestro yo, se siente condenada a muerte por esta orientación de la mirada hacia Dios. Y no quiere morir; se rebela y fabrica todas las mentiras posibles para desviar la mirada. Y la mirada es lo único eficaz, pues es lo que hace descender a Dios. Y cuando Dios desciende hasta nosotros nos ele-

²² *Ibid.*, p. 100

²³ WEIL S. (1995): *Pensamientos desordenados*, Madrid, Trotta, p. 30.

²⁴ *Ibid.*, p. 31.

va, nos da alas. Nuestros esfuerzos musculares no tienen eficacia y uso legítimo más que para apartar y desecharlo todo lo que nos impide mirar; es un uso negativo. La parte del alma capaz de mirar a Dios está rodeada de perros que ladran, muerden y lo desordenan todo dice Simone Weil. Hay que echar mano del látigo para dominarlos»²⁵

«No hay más fuerza ascendente que Dios y viene cuando se le mira. Mirarte quiere decir amarle. No hay más relación entre el hombre y Dios que el amor. Pero nuestro amor a Dios debe ser como el amor de la mujer hacia el hombre, que no osa expresarse por iniciativa propia, que es tan sólo espera. Dios es el esposo, y como tal debe venir hacia la que él ha elegido para hablarle y llevarla consigo. La futura esposa debe únicamente esperar. El hombre no tiene que buscar, ni siquiera tiene que creer en Dios. Debe solamente negar su amor a todo cuanto es distinto a Dios. Esta negativa no supone ninguna creencia. Basta constatar lo que es una evidencia para el espíritu: que todos los bienes de este mundo, pasados, presentes o futuros, reales o imaginarios, son finitos y limitados, radicalmente incapaces de satisfacer el deseo de bien infinito y perfecto que arde perpetuamente en nosotros»²⁶

¿Cómo podríamos buscar a Dios, teniendo en cuenta que se encuentra tan en lo alto, en una dimensión a la que no tenemos acceso? Simone Weil lo explica con un ejemplo. «Un niño que yendo por la calle deja de repente de ver a su madre junto a él, corre en todas direcciones llorando, pero se equivoca; si tuviera suficiente razón y

fortaleza para quedarse quieto y esperar, la madre le encontraría antes. Basta sólo con esperar y llamar. No llamar a alguien, en tanto no se sabe si hay alguien. Gritar que se tiene hambre y que se quiere pan. Se gritará durante más o menos tiempo, pero finalmente se será saciado, y entonces ya no se creerá, sino que se sabrá que existe verdaderamente el pan. Cuando se ha comido de él, ¿qué prueba más concluyente podría pedirse? En tanto no se ha comido, no es necesario, ni siquiera útil creer en el pan. Lo esencial es saber que se tiene hambre. Eso no es una creencia, es un conocimiento completamente cierto que no puede ser oscurecido más que por la mentira. Todos aquellos que creen que hay o que habrá un día alimento producido aquí abajo se equivocan dice Simone Weil»²⁷

Conclusión a las 3 partes

Todos los seres humanos, hombres y mujeres, miramos la realidad pero sólo unos pocos reflexionan sobre ella y son menos aún los que ponen por escrito sus reflexiones. A lo largo de la historia hemos sido los hombres los que más oportunidades hemos tenido de divulgar nuestras ideas, de proponer e imponer nuestros métodos para situarnos en lo real. Por eso creo que es importante que escuchemos a una de esas mujeres que no sólo han vivido intensamente sino que también han pensado intensamente. Este ha sido el motivo de acercarme a la vida y al pensamiento de Simone Weil. Creo que en ella experiencia y pensamiento van íntimamente unidos y que tienen ambos un nervio de absoluto que nos hace reflexionar. Pocos hombres y mujeres debe haber que puedan perma-

²⁵ *Ibid.*, p. 34.

²⁶ *Ibid.*, p. 35.

²⁷ *Ibid.*, p. 62.

necer insensibles a esta búsqueda apasionante de la riqueza oculta en la creación que hace Simone Weil, porque el anhelo de tesoros forma parte del corazón humano. El filósofo, como el poeta está en medio de nosotros. Obedece a una voz interior que quizás nadie escucha. A veces, como en el caso de Simone Weil, rodeado de una sociedad de descreídos que durante su vida y durante algunos años después de su prematura muerte los condenan a la soledad, al ridículo y al silencio. Ella misma se lamentaba en vida de la incapacidad que sentía para poder comunicar aquello que llevaba dentro: «Me resulta muy doloroso pensar que los pensamientos que han descendido sobre mí están condenados a muerte por el contagio de mi insuficiencia y mi miseria. Siento un estremecimiento cada vez que leo la historia de la higuera estéril. Creo que es mi vivo retrato. También en ella la naturaleza es impotente y, sin embargo, no por ello fue disculpada. Cristo la maldijo».

Me he intentado acercar al pensamiento de Simone Weil respetando su manera de hacer y decir. Atender a sus palabras desde otros intereses que no sea el desinterés de la amistad, tal y como ella la entiende, por esta autora, me parece que puede hacer difícil leer su obra o por lo menos leerla como a ella le hubiera gustado ser leída. El intento por parte de algunos grupos políticos, sociales y religiosos por acercar a sus ideales el pensamiento de Simone Weil hacen que haya una gran variedad de interpretaciones sobre el pensamiento de esta autora. Incluso su experiencia mística, que ella tuvo tanto tiempo en secreto y sobre la que nunca quiso hablar, ha sido utilizada para acercar posiciones de una forma un tanto artificial. Me parece que tanto admiradores como detractores han

utilizado esta experiencia como una pantalla para reflejar sus propias concepciones religiosas e ideológicas, distintas por completo a la de Simone Weil. La Simone Weil que reza es la misma Simone Weil que encabeza manifestaciones obreras, que trabaja incansablemente, que se alista voluntaria en una guerra extranjera, que elabora un proyecto de enfermeras para asistir a los soldados en primera línea de la batalla, que ruega encarecidamente que la dejen tirarse en paracaídas en la Francia ocupada para repartir octavillas, que se niega a comer más que lo que comen los judíos en los campos de concentración nazis...

Simone Weil que ha buscado ilusionada y afanosamente una manera de acercarse a la realidad lo ha conseguido y con creces. Su formación intelectual, su trayectoria política, su capacidad de compasión, su rebeldía ante las formas de opresión de la sociedad, su deseo de vivir siempre en la verdad, su afectividad... han ido configurando su vida y su filosofía, su propia y original forma de acercarse a la Verdad.

En este trabajo he intentado acercarme al centro de vibración intelectual y vital de Simone Weil, es decir a lo que considero los temas centrales que recorren los abundantes y desorganizados escritos de esta autora. He comenzado por su vida y su pensamiento, considerados como conjunto, una perfecta unidad, que así lo pensó y lo quiso vivir ella. A continuación, lo que a mi parecer, son los temas más importante y recurrentes de su pensamiento, esto es: la realidad tal y como ella la ve, la desdicha y su método para vencerla junto al mal, instalado en el corazón de la desdicha en este mundo. Los conceptos de Mediación e Inmediación aplicados a diversos aspectos de la realidad me parecen muy origi-

nales en la manera en que ella los aborda. De todos ellos creo que el concepto de desdicha o desgracia es su objetivo recurrente y transversal en toda su vida y pensamiento.

Encontrarme en mi vida con Simone Weil es un acontecimiento que no me ha dejado indiferente. Reconozco que me ha resultado difícil comprenderla y que a veces he tendido la tentación de abandonar la tarea. Simone Weil es una de esas personas molestas, obstinadas, machaconamente insistentes. No es una mujer simpática, porque no se deja fácilmente analizar ni explicar. Su vida y su pensamiento son inseparables. Uno de los motivos por los que la obra de Simone resulta atrayente o repulsiva pueda ser porque podemos encontrarnos directamente con ella a través de sus escritos. Simone Weil está viva en las palabras que nos ha dejado. Tal es así que el tremendo esfuerzo que realizó por hacer coherente su pensamiento con la realidad le costó la misma vida a una temprana edad.

Es verdad que son muchos los que después de verla y de conocer su pensamiento, se han alejado de ella diciendo que era una mujer que no estaba en sus cabales. No creo que estas críticas, ni los homenajes de «filósofos eruditos» hubieran molestado mucho a Simone Weil, que pensaba que el filósofo debe mantener siempre vivo el anhelo de eclipsarse. Ella ha pensado y sobretodo ha vivido. Su único método es la atención, es decir, esa primera forma de conciencia, todavía religiosa que prepara al alma para su encuentro con el Bien, con la Belleza, con la Verdad. Ante una cierta cerrazón del pensamiento moderno a la trascendencia y a la solidaridad, Simone Weil nos invita a seguir llamando también hoy a la puerta de lo Absoluto como única salida al callejón en que esta-

mos metidos. No lo hace como algunos puedan pensar, buscando una vía de escape a la realidad de nuestro mundo. Simone Weil no quiere de ninguna manera huir sino introducirse de lleno en las oscuridades del ser humano para poder ver desde allí la verdadera luz. Si aceptamos mirar cara a cara a todos los que marginamos y despreciamos, es más, si conseguimos hacernos amigos de los que sufren la desdicha y compartir con ellos sus agobios y sus lágrimas quizás consigamos, como ella nos propone, entendernos un poco mejor a nosotros mismos, tarea incesante de todos los hombres y de todos los tiempos.

Simone Weil quiere llegar sobre todo a ser humano real. Su manera de pensar nos puede ayudar a equilibrar la concepción abstracta del ser humano que la filosofía moderna nos ha transmitido a veces. Si pensamos en la inteligencia, en la voluntad y en el amor humano y no tenemos en cuenta los límites a los que se ve necesariamente sometido estamos construyendo una idea de ser humano falsa. A mi entender, Simone Weil, más allá de que estemos de acuerdo o no con las respuestas que da los problemas que plantea, más allá de las enormes perspectivas que sus textos abren ante la realidad, de los infinitos temas que abre a nuestra consideración, nos propone un método, un método personal e irrepetible para situarnos en el mundo de una manera distinta. Esta creo que es su gran aportación al mundo de la filosofía. En esta atención al mundo a la que sus palabras van dando forma, permanecen para mí cifradas posibilidades de transformación y libertad, a la espera de renovadas y más cualificadas lecturas que la mía. Espero que este trabajo contribuya en alguna medida a suscitar en España el interés por su vida y su obra.

Bibliografía

- BEA PÉREZ, E. *La memoria de los oprimidos*, Madrid, Encuentro, 1992.
- CANCIANI, D. *Tra sventura e bellezza*, Roma, Lavoro, 1998.
- COLES, R. *Simone Weil a modern pilmgrage*, Barcelona, Gedisa, 1989.
- FIORI, G. *Simone Weil. Une femme absolue*, Paris, Félin, 1987.
- GINIEWSKI, P. *Simone Weil y el judaísmo*, Barcelona, Ropiedras, 1999.
- HAIGNE, L. *Vies et oeuvres d'écrivains*, Paris, Messailler, 1965.
- HALDA, B. *L'évolution spirituelle de Simone Weil*, Paris, 1964.
- NATOLI, S. *L'esperienza del dolore*, Milano, Feltrinelli, 1980.
- NEVIN, T. *Simone Weil: Ritratto di un'ebrea che si volle esiliare*, Milano, Bollati Boringhieri, 1997.
- PERRIN, J. M. *Mon dialogue avec Simone Weil*, Paris, La Colombe, 1950.
- PÉTREMENT, S. *Vida de Simone Weil*, Madrid, Trotta, 1997.
- REVILLA, C. *Simone Weil: Descifrar el silencio del mundo*, Madrid, Trotta, 1995.
- *Nombrar la experiencia*, Madrid, Trotta, 2003.
- SALMANN, E. *Filosofía e Mística*, Roma, Studia Anselmiana, 1997.
- SONTAG, S. *Contra la Interpretación*, Barcelona, Seix Barral, 1994.
- TILLIETE, X. *El Cristo de la Filosofía*, Bilbao, Declé de Brower, 1994.
- TOMMASI, W. *Simone Weil: Segni, Idoli e Simboli*, Milano, Franco Angeli, 1994.
- WEIL, S., *Pensée sans ordre concernant l'amour de Dieu*, Paris, Gallimard, 1962.
- *Reflexions sur les causes de la liberté et de l'oppression sociale*, Paris, Gallimard, 1980.
- *Quaderni III*, Milano, Adelphi, 1993.
- *Quaderni IV*, Milano, Adelphi, 1993.
- *Venezia Salva*, Milano, Adelphi, 1987.

- *La condition ouvrière*, Paris, Gallimard, 1951.
- *L'Enracinement*, Paris, Gallimard, 1949.
- *La connaissance surnaturelle*, Paris, Gallimard, 1949.
- *Écrits de Londres et dernières lettres*, Paris, Gallimard, 1960.
- *Intuitions prè-chrétiennes*, Paris, La Colombe, 1951.
- *Lettre á un religieux*, Paris, Gallimard, 1955.
- *A la Espera de Dios*, Madrid, Trotta, 1993.
- *Echar raíces*, traducción de J. C. González Pont y J. R. Capella, Madrid, Trotta, 1996.
- *La gravedad y la gracia*, Madrid, Trotta, 1994.
- *Cuadernos*, Madrid, Trotta, 2001.
- *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, traducción de C. Revilla, Barcelona Paidós, 1995.
- *Pensamientos desordenados*, Madrid, Trotta, 1995.
- *Ensayos sobre la condición obrera*, traducción de Antonio Jutglar, Barcelona, Nova Terra, 1962.
- *Escritos de Londres y últimas cartas*, Madrid, Trotta, 2000.
- *Pensamientos desordenados*, Trotta, 1995.
- *Escritos históricos y políticos*, Madrid, Trotta, 2007.